

La previsión del futuro: Ortega entre 1917 y 1925

Domingo Hernández Sánchez

JOSÉ ORTEGA Y GASSET, *Obras completas. Tomo III, 1917/1925*. Madrid, Editorial Taurus y Fundación José Ortega y Gasset, 2005, 1.066 pp.

Quizá el método más fiable para percibir el valor que Ortega atribuye a sus escritos consista en rastrear las menciones y referencias que el propio autor hace de ellos en el conjunto de sus obras. Por supuesto, el resultado de tal labor detectivesca ha de tomarse con todo tipo de cautelas, pues, como se sabe, una de las facetas más apasionantes de la trama textual e intelectual de Ortega consiste, precisamente, en autoconstruirse un lector, un público, y en ese juego, las alusiones a determinados títulos, fechas o ideas forman parte de la aventura. Sin embargo, y aun asumiendo tales cautelas, la recepción que Ortega hace de sí mismo continúa siendo un tema fascinante para la investigación. Pues bien, si exceptuamos *La rebelión de las masas*, en esta historia de recepciones y autorrecepciones orteguianas hay tres protagonistas ineludibles: *España invertebrada* (1922), *El tema de nuestro tiempo* (1923) y *La deshumanización del arte e ideas*

sobre la novela (1925). Tres libros fundamentales en el corpus orteguiano, tres de sus obras más conocidas, tres clásicos del pensamiento hispánico... todo eso es cierto, pero también lo es que nos hallamos ante tres modelos teóricos determinantes para el propio Ortega. Ello debe entenderse con un significado muy concreto: Ortega es –o, mejor, llegará a ser– claramente consciente de que en esas tres obras y su contexto se encuentra un presente que define tanto su pasado como su futuro intelectual y, por tanto, supone un momento primordial en el conjunto de su producción.

Este hecho ha de tenerse muy en cuenta cuando llega a nuestras manos el tercer tomo de la excelente nueva edición de *Obras completas* del filósofo madrileño, volumen que recoge la producción de Ortega entre 1917 y 1925 y, por tanto, los tres libros mencionados. Así, y aludiendo sólo a una de las múltiples posibilidades temáticas de interpretación, no está de más recordar ahora aquella extensa nota al pie de «Pidiendo un Goethe desde dentro. Carta a un alemán» (1932), donde Ortega remitía a *El tema de nuestro tiempo*: «Yo he publicado un libro en 1923 que con cierta solemnidad –tal vez la madurez de mi existencia me invitaría hoy a no emplearla– se titula *El tema de nuestro tiempo*; en ese libro, con no menos solemnidad, se declara que el tema de nuestro tiempo consiste en reducir la razón pura a “razón vital”. ¿Ha habido alguien que haya intentado, no ya extraer las consecuencias más inmediatas de esa frase, sino simplemente entender su significación? Se ha hablado siempre, no obstante mis protestas, de mi vitalismo; pero nadie ha intentado pensar juntas –como en esa fórmula se propone– las expresiones “razón” y “vital”. Nadie, en suma, ha hablado de mi “racio-vitalismo”. Y aun ahora, después de subrayarlo, ¿cuántos podrán entenderlo –entender la *Crítica de la razón vital* que en ese libro se anuncia?».

En el conjunto de la obra de Ortega podemos encontrar palabras similares a éstas, pero referidas a los asuntos tratados en *España invertebrada* y *La deshumanización del arte*. No es para menos: si *El tema de nuestro tiempo* incluye el anuncio de esa *crítica de la razón vital* que menciona Ortega, y, por tanto, constituye un momento fundamental de su filosofía, *España invertebrada* supone tanto una aportación magnífica al *tema de España* como el inicio de lo que luego se concretará en *La rebelión de las masas*, mientras que *La deshumanización del arte e ideas sobre la novela* define el acerca-

miento al arte y la literatura más brillante de la producción orteguiana. Filosofía, política, España, arte, novela, sociedad... temas y contextos tratados en el marco de un periodo creativo apasionante y, lo que es de similar o incluso mayor importancia, definiendo tanto el camino de pensamiento que ha conducido hasta ellos como el que ellos mismos inician. No resta más que felicitarlos por disponer de la fijación textual definitiva de tales obras.

Ahora bien, ante la nueva edición de *Obras completas*, y ello afecta tanto a este volumen como a los restantes, es importante comprender claramente el significado de tal adjetivo, *definitiva*. Fernando R. Lafuente ha afirmado con acierto que nos encontramos ante la, «por más de un motivo, definitiva edición de las *Obras completas* de Ortega» (*Revista de Estudios Ortegaianos*, 8/9, 2004, p. 13); tampoco se equivocaba Francisco José Martín, en su comentario a los dos primeros tomos de estas *Obras*, al concretar que esta edición no es «aún una edición crítica» (*Revista de Occidente*, 285, febrero 2005, p. 141). En la unión de ambas afirmaciones se encuentra la que es, a mi entender, una de las mayores aportaciones de las nuevas *Obras completas*, a saber, la de constituir la fijación textual *definitiva* que permita todo tipo de ediciones particulares críticas o comentadas, mejores o peores, pero siempre apoyadas en la sólida y definitiva base textual que ofrece esta edición y, por tanto, a la altura de las nuevas circunstancias filológicas. Debido a esto, el tiempo de estas *Obras* no es sólo su presente sino, sobre todo, su futuro: la *definitividad* textual que se aporta ahora debe permitir la *indefinitividad* –por utilizar un concepto caro al Ortega de los años cuarenta– de la crítica y el estudio. En este sentido, y atendiendo únicamente a los tres libros de Ortega mencionados, quizá sea conveniente recordar que si de *España invertebrada* y *El tema de nuestro tiempo* ya disponemos de ediciones críticas y comentadas (respectivamente, ed. Francisco José Martín, Biblioteca Nueva, 2002 y ed. Domingo Hernández Sánchez, Tecnos, 2002), no ocurre lo mismo con *La deshumanización del arte e ideas sobre la novela*.

Pero, volviendo a la *definitividad* e *indefinitividad* de la edición, es importante destacar que tal aspecto tiene especial relevancia en lo que atañe al volumen tercero, debido sobre todo a las fechas que abarca. En efecto, este tomo conjuga a la perfección esa idea del porvenir de las

Obras completas con la del futuro de la producción orteguiana, entendiendo como *presente* el lapso de tiempo que transcurre entre 1917 y 1925. Con todo, si el tomo primero recogía los escritos del joven Ortega, hasta 1915, y el segundo, *Personas, obras, cosas* (1916) más *El Espectador* completo, el arco de fechas que define este tercer volumen exige un acercamiento levemente diferente.

Así, por un lado, se recupera la ordenación cronológica que dirige el conjunto de la edición –acertadamente evitada en el segundo volumen para incluir los textos de *El Espectador* de modo compacto–, pero tal ordenación comienza ya a ser puesta a prueba y, por tanto, a subrayar el hecho de que nos encontramos inmersos en unas *Obras completas*, un espacio textual que necesariamente hemos de pensar como un todo. Me refiero, por ejemplo, a la necesidad de acudir a los textos de *El Espectador*, es decir, al volumen anterior, si se quiere realizar una lectura puramente cronológica, o a volúmenes posteriores, por ejemplo para encontrar el «Prólogo para alemanes» que Ortega escribió en 1934 para añadir a una nueva edición de *El tema de nuestro tiempo* y que no llegó a publicar en vida. Por ello, es en este volumen cuando realmente comenzamos a sentirnos inmersos en unas *Obras completas*, con todo lo que ello significa, y sólo así, desde tal situación, desde la atalaya de un todo, nos percatamos definitivamente de la rigurosidad y acierto en las decisiones editoriales y filológicas tomadas.

En segundo lugar, y continuando con ese acercamiento levemente diferente que, en mi opinión, exige este tercer tomo, ello ha de situarse también en un contexto puramente temático. Por supuesto, y aunque *España invertebrada*, *El tema de nuestro tiempo* y *La deshumanización del arte e ideas sobre la novela* sean las *estrellas* del volumen, no son ellos, ni mucho menos, los únicos representantes. Además de la multitud de artículos de fondo político –los temas son variados y fundamentales en la historia de España, la España, no se olvide, que transcurre entre 1917 y 1925: Juntas Militares de Defensa, ingreso en la Sociedad de Naciones, desastre de Annual, golpe de Primo de Rivera...–, nos encontramos con textos determinantes para comprender no sólo el contenido del pensamiento de Ortega, sino también los giros y avances que definen su desarrollo. Así, junto a los tres libros protagonistas, aparecen ahora escritos como «Prólogo a

Historia de la Filosofía, de Karl Vorländer» (1922), «Introducción a una estimativa. ¿Qué son los valores?» (1923), el importantísimo *Las Atlántidas*, etc. —a los que habría que sumarles los volúmenes de *El Espectador* publicados en estos años, el tercero en 1921 y el cuarto en 1925—, constituyendo entre todos ellos el marco general que definirá al Ortega maduro: perspectivismo, superación del idealismo, raciovitalismo, sentido histórico, cultura... se situarán ya definitivamente en el centro del pensamiento orteguiano.

Si a todo ello se le añaden las dos conocidas *empresas* que ocupan a Ortega en estos años, a saber, la colaboración con Nicolás de Urgoiti para fundar el diario *El Sol*, en 1917 y, sobre todo, la creación de *Revista de Occidente* en 1923, podremos entender no sólo la importancia de este tercer volumen de las *Obras completas*, sino también, de un modo especial, el sentido de futuro que mantienen los escritos en él recogidos. Aquellas *emociones de viaje* que mencionaba Ortega al final de los «Propósitos» incluidos en el primer número de la *Revista de Occidente* y ahora situados en este tomo tercero, se refieren también a él y a su discurrir filosófico, y, de un modo quizá demasiado general, podrían servir para describir el aroma que respira el volumen en su conjunto: «¡Claridad, claridad, demandan ante todo los tiempos que vienen! El viejo cariz de la existencia va siendo arrumbado vertiginosamente, y adopta el presente nueva faz y entrañas nuevas. Hay en el aire occidental disueltas emociones de viaje: la alegría de partir, el temblor de la peripecia, la ilusión de llegar y el miedo a perderse» (p. 530). No es de extrañar, entonces, que *la previsión de futuro*, título del segundo capítulo de *El tema de nuestro tiempo* y que yo he recogido para encabezar este comentario, afecte al conjunto del volumen.

Ahora bien, todo este cúmulo de ideas, textos y contextos ha de ser aderezado con las aportaciones de la edición. No debe pasarse por alto en ningún momento que lo verdaderamente sobresaliente en este caso es tal labor filológica, pues el aparato crítico que cierra el volumen, es decir, las notas a la edición de cada escrito, los datos sobre las referencias utilizadas para la fijación de los textos y el apéndice de variantes, ofrece un material de valor extraordinario para la investigación. Son estos materiales los que sostienen la fijación textual y, por tanto, su importancia en el conjunto de la edición es determinante. En este sentido, el equipo formado

por Carmen Asenjo Pinilla, Ignacio Blanco Alfonso, José Ramón Carriazo Ruiz, María Isabel Ferreiro Lavedán, Iñaki Gabaráin Gaztelumendi, Azucena López Cobo, Juan Padilla Moreno y Javier Zamora Bonilla está realizando un labor que marcará un antes y un después en los estudios orteguianos.

Al margen de esta valiosísima aportación filológica, es fundamental subrayar las novedades que afectan específicamente al contenido de este volumen tercero. Además de la restitución a su lugar cronológico de los artículos de tema político y la corrección en los títulos de algunos de esos trabajos, sin duda es de destacar el importante número de escritos que por primera vez se incluyen en las *Obras completas*. Textos como «*El Imparcial* a sus lectores», «Julio Rey Pastor», «Estafeta romántica.—Eva ausente», «Una vez más...», «Buena ocasión de dar un paso franco hacia otra España», «[Salutación de *Archivos de Neurobiología*]», «[Un telegrama]», «[Prólogo al catálogo de la Exposición Bacaristas]», «[La primera peseta]», «Con Einstein en Toledo», «[Nota a “Lo masculino y lo femenino”, de Jorge Simmel]», «[Nota a “La biología de la ostra jacobea”, de Jacques von Uexküll]», etc., son algunos de los títulos que completan el volumen, y, por tanto, la totalidad de las publicaciones de Ortega entre 1917 y 1925, a excepción de los textos de *El Espectador* que, como ya se ha indicado, aparecen recogidos de modo compacto en el tomo segundo.

En el «Prólogo para alemanes», con palabras que luego repetiría casi literalmente en el «Prólogo para franceses» de *La rebelión de las masas*, concretaba Ortega del modo siguiente lo que entendía como la *clave definitiva* de su escritura: «Todo proviene de que en mis escritos *pongo*, en la medida posible, *al lector*, que cuento con él, que le hago sentir cómo me es presente, cómo me interesa en su concreta y angustiada y desorientada humanidad. Percibe como si de entre las líneas saliese una mano ectoplásmica pero auténtica, que palpa su persona, que quiere acariciarla —o bien, darle, muy cortésmente, un puñetazo. / La involución del libro hacia el diálogo: éste ha sido mi propósito». Hasta la llegada de esta nueva edición de las *Obras completas*, y por razones de todo tipo, comprensibles en ciertos casos y difícilmente en otros, las caricias o puñetazos de *la mano ectoplásmica* los habíamos sentido casi siempre de un modo unilateral. Era la mano de Ortega la que actuaba, e incluso el diálogo se encontraba leve-

mente pervertido por determinadas lagunas en las labores editoriales que, en cierto modo, facilitaban a Ortega su juego con el lector. Sin embargo, una buena edición, como lo es ésta, debe lograr la aparición de *otra mano ectoplásmica*, aquella que, al margen de los contenidos, permita al lector hurgar en los entresijos textuales de la escritura.

Atendiendo únicamente a cuestiones filológicas, son dos manos transparentes las que han de actuar en todo proceso de recepción, la del autor que menciona Ortega y la del lector que, levemente y con suma cautela para no dañar el contenido, pueda tocar el esqueleto del proceso de escritura. En el caso que nos ocupa, la presencia de esa segunda mano fantasmática no es conveniente, sino necesaria. Mencionaba Ortega en el prólogo que preparó para la edición de sus *Obras* de 1932 «otra de las batallas incesantes que cursa por toda mi obra: la guerra al capricho». Esa guerra al capricho debe entenderse también en sentido filológico y textual y, por tanto, aplicarse a las ediciones de los clásicos.

Son éstas, seguramente, las dos características que mejor definen el valor de las nuevas *Obras completas*: por un lado, la creación definitiva de una *mano ectoplásmica* para el lector, de caracteres filológicos, que permita vislumbrar los entresijos textuales de la obra orteguiana sin dañar el cuerpo de la escritura, y por el otro, la guerra al capricho en las labores editoriales. En este caso, la necesidad de las *Obras* se une a la de las decisiones filológicas tomadas, decisiones en las que el orden y el rigor demuestran que la guerra al capricho ha de tomarse también con un sentido puramente filológico y editorial. Es un verdadero placer leer a Ortega con otra mano ectoplásmica que sirva para guerrear contra el capricho.—D. H. S.